

## Undécima Conferencia. 28 de octubre de 1916.



George Groddeck  
Biblioteca de Psicología Profunda.  
Editorial Paidós. 1983.

Últimamente he hablado de cosas que atañen a hechos aislados y ahora me parece oportuno, por lo tanto, dedicar un momento a algunos pensamientos que están en relación con lo que expuse en las primeras conferencias. De esos hechos aislados derivan, en efecto, diversas consecuencias sobre las cuales me gustaría llamar la atención. La última vez empleé por vez primera el término complejo. Este es un término que ha sido utilizado por el profesor Jung, de Zurich. Con él se representa un pensamiento determinado, una experiencia de vida a la que se vinculan todo un conjunto de pensamientos. El profesor Jung habla de un complejo parental, de un complejo fraternal, y también de un complejo de robo. En cierta medida es un caparazón que uno puede separar del resto en la vida del pensamiento y se lleva consigo durante toda la existencia.

Volviendo ahora al tema propiamente dicho, hasta hoy sólo hemos considerado un aspecto de la vida infantil, y ya lo he destacado: el niño como adorador y admirador de los padres. Pero con eso no está dicho todo; hay un segundo aspecto que es de excepcional importancia en la vida y que debemos tomar en consideración. El niño no está acostumbrado solamente a que se lo mande; también le gusta mandar a él y ser una persona con autoridad, lo cual es casi más importante que lo otro. Cuando el niño tiene un deseo, se le satisface; cuando tiene hambre, se le alimenta; cuando quiere jugar, toda la familia se pone a su disposición para proporcionarle un juguete; y cuando quiere hacer mal las cosas, se le castiga; en una palabra, todos sus deseos tienen una respuesta. De ahí proviene el sentimiento de omnipotencia. El niño no puede dejar de tener ese sentimiento. Pues no sólo tiene la sensación de ser el centro de toda la vida, sino que también advierte que los demás se centran en torno a él. La idea de omnipotencia tiene la característica de acompañar al individuo durante toda su vida. Es cierto que luego se debilita, que se enfrenta con el hecho de que en la vida no hay sólo un niño, sino varios: así es como la omnipotencia del niño encuentra su límite. Sigue en pie, a pesar de ello, un campo destinado para que el ser humano se sienta omnipotente: es el campo de la vida del espíritu, de la fantasía.

En la fantasía uno puede hacerlo todo, desplazar montañas, o subir al cielo. Esto que ya se pone de manifiesto en los niños, difiere mucho según cada individuo, sobre todo en los adultos. Todos poseemos un impulso hacia las fantasías; el problema está en saber si el ser humano reprime la fantasía o si la deja reinar, si para reprimirla necesita invertir mucha energía y si con ello arruina o no sus fuerzas y su salud. Dos cosas quisiera destacar: si no tuviéramos el sentimiento de omnipotencia nos toparíamos con otro problema: ¿existe o no existe la libre voluntad? Este es un problema que en realidad jamás ha sido resuelto, porque es contrario a toda reflexión, ya que cada ser humano nace y crece con este pensamiento; en efecto, yo soy el dios. Esto suena un poco a blasfemia, pero es cierto y tiene un profundo alcance religioso. Está en relación con lo que se nos ha dicho: hay que buscar al dios en el ser humano mismo. Lo único que lleva al hombre a afirmarse en el sentimiento religioso más profundo, es un extraordinario respeto y amor a sí mismo, provocados por la necesidad de protección del niño. En el sentimiento de omnipotencia encontramos la explicación de toda nuestra vida diaria; si no tuviésemos este sentimiento de ser omnipotentes no actuaríamos en absoluto, nunca intentaríamos hacer nada, porque reconoceríamos que todas las cosas son más fuertes que nuestra propia fuerza. Pero ahí está ese impulso de sobreestimar las propias fuerzas.

El sentimiento de omnipotencia favorece, así, la vida y le da un sentido profundo. Posee también una

influencia profunda en nuestras enfermedades. La vida fantástica del ser humano es aquella en la cual tiene libre curso el sentimiento de omnipotencia, y resulta determinante para la vida en su totalidad.

Para un niño esto es muy sencillo. En la mayoría de ellos surgen fantasías típicas, como por ejemplo, la del fantasma heroico, que el individuo humano posee ya desde la primera infancia, sea una niña o niño. Por comodidad me referiré al ejemplo del niño. Son fantasías heroicas, de combates y hazañas que se manifiestan en él por el hecho de verse convertido en emperador (esto desde la década de 1870) o en cochero, y entonces doma caballos. Precisamente en las fantasías heroicas se elige el mayor heroísmo concebible. Se podría creer que, con el tiempo, las fantasías se vuelven más razonables, pero no es así, y quien lo intente conseguir caerá enfermo. La vida de la fantasía debe ser ingenua, de vez en cuando; si no, el ser humano no encontraría ya actividad para su impulso de omnipotencia y entonces fracasaría en su tentativa de ordenar su fantasía de acuerdo con la vida real. En cierto modo esto es posible. Las fantasías no sobrevienen solo una vez al día; surgen a cada hora, a cada minuto y muy a menudo se interrumpen, aunque en determinados momentos del día se debería dejar libre curso a la fantasía. En cualquier caso, el intento continuado y repetido de aplastarlas nos haría caer enfermos.

La fantasía del héroe está ahora vigente entre los adultos, porque la guerra abarca a toda la humanidad. No hay quien no piense: “soy el que termina la guerra”, bien sea por medio de un gran dirigible, en una batalla colosal, gigantesca, o por la captura de un personaje importante, o, de cualesquiera otras curiosas maneras. Es una fantasía tan cómica, que continuarla resulta divertido, porque las cosas ocurren de este modo: si a una fantasía semejante nunca se le concede lugar, entonces se acaba dramatizando la vida cotidiana. Se le asignan a la fantasía unos límites estrechos, en los que no puede existir; entonces trabaja en el cuerpo hasta generar una enfermedad. Si se intenta no ceder lugar a las fantasías excéntricas, entonces se crean fantasías en torno a la hora o el día siguientes. Se aguarda hasta el encuentro con una persona cualquiera, y uno piensa y se prepara: yo diré esto y el responderá esto otro, y ocurrirá esto o aquello. Pero el error surge –pues el otro, en efecto, no participa de ello- cuando esta dramática previsión intenta imponerse a los acontecimientos reales. Uno encuentra a esa persona y dice lo mismo que pensó, pero recibe otra respuesta, lo cual desvía la dirección de su pensamiento en una orientación distinta. Y así ocurre que el que quiere realizar su drama procura implicar en su juego al compañero, y la reunión transcurre de una manera tal que la persona siempre tiene la oscura sensación de no haber discutido aún de lo que considera más importante y que aún debe ocurrir. Tal vez puede suceder por una casualidad, pero la mayor parte de las veces no es así, y tras la separación queda un sentimiento de total insatisfacción. Esas personas han derrochado energía y sienten “yo quería dar lo mejor que tengo, pero él no lo ha comprendido”. Y queda un gran cansancio, un fuerte sentimiento de amargura. Es como si alguien subiera a escena con su papel aprendido de memoria y deseara que también los demás recitaran su propio papel. Pero no es posible, y él mismo se queda sin saber qué decir, porque sus compañeros callan. Me agradaría llamar la atención sobre este rasgo particular y destacar también, con tal motivo, otra cosa: en primer lugar, en las fantasías cotidianas que se refieren al futuro inmediato, al amor propio y a la autosatisfacción, el papel principal es desempeñado por la necesidad de onanismo.

No obstante, si consideramos el género de estas fantasías, podemos sacar las más diversas conclusiones. Y voy a poner de relieve aquí dos fantasías típicas. Una se refiere a la carrera. Algunas personas tienen la sensación de estar participando en una carrera y de alzarse con la victoria. El significado de esto se aclara tan pronto como se piensa que el caballo representa a la mujer. Esta es una fantasía de autosatisfacción muy marcada. Otra fantasía muy común es la del piano; uno se imagina tocando el piano en público de manera tan extraordinaria, que todo el auditorio se embelesa y todo termina con una gran ovación. También aquí se esconde la autosatisfacción, porque el piano está en relación estrecha con la propia satisfacción sexual: en el movimiento de los dedos, en las teclas que se oprimen, en el estremecimiento de las cuerdas y sobre todo en el hecho de que el piano contiene sonidos graves y agudos, de que el hombre y la mujer se encuentran contenidos en él y están por lo tanto en contacto. No cabe duda de que ésta es una fantasía de autosatisfacción, y su alcance tan general prueba que no existe ser humano cuya pulsión más fuerte no sea la de autosatisfacción.

He dicho que esta dramatización del porvenir inmediato, esta opresión puede llevar a la enfermedad, pero esto es más válido aun referido al segundo sentimiento, que se relaciona con la omnipotencia: es el

sentimiento de responsabilidad. No es necesario decir que sin este sentimiento nada en el mundo podría existir. Este vástago del sentimiento de omnipotencia y de la pulsión de autosatisfacción es el principio de afirmación de la vida, es una fuerza de acción que favorece la vida y sin la cual no se puede imaginar nada bueno.

También en este caso se demuestra que no hay nada bueno ni malo en sí mismo, y yo subrayaría con mayor nitidez este aspecto bueno del sentimiento de responsabilidad si tuviera que redactar un tratado de filosofía. Pero para un médico hay otra cosa más importante; es el aspecto nocivo de este sentimiento. Este aparece tan pronto como se toma conciencia de las dimensiones que puede y debe tomar el sentimiento de responsabilidad. Así como todo ser humano, cuando da libre curso a la fantasía, llega a la conclusión de que le va a poner término a la guerra, del mismo modo llega a esta conclusión también: soy responsable de que la guerra no se detenga, e incluso de que haya comenzado y se haya extendido por todo el mundo.

Para aquellos que se divierten entregándose a esta fantasía, resulta muy valioso ironizar consigo mismos, porque son numerosos los que sufren mucho a causa de este pensamiento, y el individuo en cuestión llega finalmente a esta conclusión: estoy loco, nadie tiene semejantes fantasías, y por ello todos me van considerar un loco. La idea de estar loco o de haber enloquecido puede producir cáncer, tisis o neumonía. A causa del sentimiento de responsabilidad, que es lo máspreciado que posee el ser humano, multitud de seres se destruyen, deben enfermar y enferman. El proceso puede ser también éste: alguien tiene la fantasía de responsabilidad, la reprime, la rechaza y derrocha en ello una gran cantidad de energía. Sentimientos de omnipotencia y de responsabilidad se enlazan y forman toda la trama de la vida humana. Pero todo lo que he dicho de la transferencia de las fantasías heroicas en la vida diaria es igualmente válido aquí. Cuando dos seres humanos están juntos es difícil que cada uno de ellos no se sienta responsable del otro. Ambos tienen este sentimiento: debo ayudar al otro, debo hablar con él. Esto es difícil. Y también lo es callar estando juntos. De un modo general, el simple hecho de sentirse obligado a entenderse con alguien, este hecho tan sencillo, ya es suficiente y produce un desgaste colosal de energía. Del mismo modo, uno se siente incómodo cuando otra persona dice una tontería, es maleducada, o hace algo contrario a sus costumbres. Antes de dejar a un lado el sentimiento de responsabilidad voy a referirme de nuevo a la madre. Ella es un factor indispensable en la vida humana, pero debido a su sentimiento de responsabilidad resulta extraordinariamente cargante y se convierte en un peligro absoluto. En la actualidad, una madre ya no puede habituarse a la idea de que sus hijos llegarán a ser autónomos, y de que ella no tendrá que cargar con su responsabilidad. Todo lo que hacen los hijos, es debido a que en otro tiempo ella, la madre, cometió una o más faltas. Las madres no acaban de tomar conciencia de ello y esto les lleva a no dar rienda suelta a sus hijos, y a ellos les conduce a la represión de la propia personalidad, a la que ellos mismos destruyen. Los adultos se encuentran entonces ante un conflicto entre la bondad y el sentimiento de omnipotencia. A la madre le gusta siempre extraordinariamente sentirse la dueña y señora, darse a ver como el origen de la existencia del niño, como aquella a quien el niño debe la vida. Esto influye de un modo pernicioso en la salud del individuo.

Quisiera destacar también que no se trata sólo de que la madre se sienta responsable del niño, ya adulto, sino también a la inversa, el niño por su parte se siente responsable de la madre, lo cual es aun peor. Esto se pone de manifiesto en el hecho de que procura educarla. Ella es siempre un obstáculo. La situación es algo mejor con respecto al padre, porque él no hace mucha vida en casa, por ello miente menos y no echa tantas reprimendas como la madre, aunque también miente; pero no es esa mentira tan típicamente ofensiva y avergonzante de la mujer; no lleva ese aspecto oculto, hipócrita. El padre es muy diferente al respecto. Y cuando miente, lo hace de una manera mucho más franca que la madre. Estas cosas entran profundamente en nuestra vida. Es en el esfuerzo recíproco por dominarse, y en un sentimiento recíproco de responsabilidad por el otro, donde se basa este curioso fenómeno por el cual las hijas jóvenes tienen una relación más directa con su madre. Estas cosas siempre tienen grandes consecuencias morales y sociales y graves influencias en la salud.

Aquí voy a cortar dejando a un lado el sentimiento de responsabilidad. Aunque lógicamente, éste entraña también el del pecado: ambos van de la mano. Uno no podrá sentirse omnipotente sin sentirse responsable, y así debe imputarse como pecado todo lo que vaya mal. Únicamente varían las dimensiones, así como el sentido de lo que se entiende por pecado, que es muy diferente según las personas. En la actualidad, el sentimiento de pecado va referido a la vida sexual, y éste es el caso de diferentes pueblos desde hace

muchos milenios, como lo indican la leyenda del Paraíso y de la Caída. Hay en nosotros una asociación entre la vida sexual y el pecado, y es una asociación demasiado fuerte. En qué medida ello puede conducir a la ruina de la raza, es una cuestión que a cada uno corresponde resolver. En este aspecto necesito llamar la atención sobre un punto en especial: la fantasía de culpa, que ejerce una gran atracción en el ser humano y ocupa un importante lugar en la vida del alma. Es una fantasía que se refiere a crímenes posibles e imposibles, crímenes que uno puede cometer y que quisiera cometer. Estos crímenes tienen además cierta importancia en la vida diaria; el atractivo que tienen las cosas prohibidas se basa en el deseo de provocar una situación difícil de la que uno se libera luego heroicamente. Con el sentimiento de culpabilidad, y el impulso de sentirse pecador, va vinculado el sentimiento de ser castigado por ello. Y esto, el ser golpeado, juega una gran papel. Todo gira en una espiral, en un círculo, y todo se embrolla cuando uno quiere exponerlo. La voluntad de ser castigado desempeña en las fantasías de culpa, el producto del efecto -después- y de la causa -antes-. La necesidad de ser castigado pone con frecuencia en movimiento la motivación que nos lleva a pensar y hacer algo prohibido. Al bien supremo se lo guarda en secreto, así también todo lo que está mal es rodeado de misterio. El mismo término de "misterio", es la expresión lingüística de la causa de nuestras enfermedades. Esta expresión de "misterio" puede provocar estragos. La vara y el palo son lo más común en las fantasías de expiación, y por desgracia esto puede llegar aun más lejos. Con ayuda de esta fantasía uno puede procurarse el contagio de una difteria o una escarlatina. También se representa paralizaciones de miembros y enfermedades óseas como forma de castigo, hasta el extremo de que estas cosas luego ocurren realmente. Todo ello está motivado por la voluntad de protegerse de una pulsión. El deseo de ser martirizado juega un papel extraordinariamente grande. Nunca se tendrá en cuenta lo suficientemente en el caso de la enfermedad y su curación. Las fantasías de enfermedad llegan hasta el punto de hacer caer enferma aquella parte del cuerpo que ha cometido el pecado y es así como con frecuencia el pecho femenino padece cáncer, pues el pecho femenino es la manzana de Eva, la manzana del pecado. Esa es la razón por la cual -cosa curiosa- los ataques de apoplejía paralizan generalmente el costado derecho, y es también la razón de tantas enfermedades cardíacas, de los riñones y de la vejiga. Pero para el ser humano esto no es suficiente como martirio: ni los golpes, ni la crucifixión ni el descuartizamiento, ni siquiera una enfermedad grave.

Pero lo que hay que considerar por encima de todo es la vergüenza, que no tiene un efecto desagradable en el ser humano, en ningún momento; por el contrario, se convierte en un objeto de placer. Una fantasía muy frecuente entre las mujeres es la del hijo ilegítimo y el infanticidio, que conduce a la picota, al patíbulo o a la hoguera, para ser quemada viva, y esto aun cuando se sabe que este tipo de ejecución está ya fuera de práctica. Pero existe una fantasía de autosatisfacción, porque el fuego es el fuego del amor. En el hombre interviene como fin último la decapitación; y comprende las vías del robo, del homicidio, del incendio, de la lucha, de la caída, etcétera. Pero hay una fantasía común a ambos sexos que quiero mencionar: es el fantasma de la sífilis, que desempeña un papel increíble en todos los seres humanos, el más peligroso de todos los papeles. Este fantasma se ha apoderado de la humanidad; nadie puede evitarle. El individuo no necesita siquiera conocer la palabra; pero en nuestros días brota en todo el mundo la idea, y a los doce o a los catorce años ya aparece esta sospecha: me he contagiado. En todas partes se habla de contaminación, aunque este término mismo esté excluido de nuestros temas de discusión, y ello atrae a los niños como si fuera un misterio. Nadie, ni el médico siquiera, dirá la verdad al respecto, porque también él está infestado por este miedo abominable que azota a la humanidad como una pestilencia. El sentimiento general de miedo desgasta y arruina al ser humano, y este miedo ha llegado a cobrar tales dimensiones a consecuencia de que cada médico ha llegado a pensar: esto puede ser sífilis. Incluso hay personas que no pueden tocar un picaporte o una imagen, o no pueden comer en un plato algo extraño o con un tenedor ajeno. Las madres nos educan en este miedo, sin saber lo que provocan.

Quiero delimitar cuatro campos: sentimiento de omnipotencia, sentimiento de responsabilidad, sentimiento de culpabilidad y voluntad de ser castigado, a todo lo cual se añaden también el deseo y el miedo a la vergüenza. Querría llamar la atención sobre el hecho de que en la fantasía uno se hunde en la vergüenza, para resurgir deslumbrante como un cisne blanco. Hay fantasías que no tienen esta salida, y a ellas pertenece la sífilis. Uno puede imaginar que muere heroicamente víctima del cáncer y que deja atrás, con una sonrisa, los mayores horrores, pero es muy difícil convertir la sífilis en algo que proporcione una aureola. Por esto ocupa un lugar de excepción en las causas de la enfermedad. Si se interroga a los

médicos para saber qué piensan honestamente de la sífilis, noventa y nueve de cada cien dirán que es una enfermedad inofensiva. Pero si se les interroga de modo superficial, hablarán de reblandecimiento cerebral y de otras cosas horribles. Sin embargo, si se les pregunta con insistencia a cuántas personas han visto con reblandecimiento cerebral y otras cosas por el estilo, entonces dirán: “No, visto no; yo no lo he visto aún”.

*Volver a Publicaciones de Groddeck*

*Volver a Newsletter 11-ex-37*